

**MP3, IPODS, DOWNLOADS Y OTRAS CONSIDERACIONES
ACERCA DE UN FUTURO QUE NOS ARROLLA SIN AVISAR (y III)**

Algún día, todo esto será tuyo

► Recapitulación y consideraciones acerca del futuro que se avecina

Es hora de recapitular. A lo largo de dos artículos he cometido la osadía de intentar sacar una instantánea de una época convulsa, de los cambios que chisporrotean a nuestro alrededor, intensos y efímeros. No sabemos cómo serán las cosas en el futuro, y parece que pasará un tiempo hasta que la industria musical se asiente. Estamos viviendo tiempos difíciles para muchos profesionales del sector, pero es innegable que son también tiempos emocionantes en los que se están dando hechos que, sin darnos cuenta, mañana serán historia. La pregunta es ¿cómo será ese mañana?

Las dos entregas que preceden a esta reflexión tenían como única intención el dar voz a algunos de los protagonistas de los cambios más radicales que está sufriendo la industria discográfica. Con este último artículo, que es en cierta forma un epílogo, sólo pretendo elucubrar sobre todos estos temas, mostrar reflexiones y pensamientos sobre el

pasado, el presente y el futuro. Las tres partes publicadas conforman un texto con vocación de anacronismo que, dentro de unos años, probablemente invocará la carcajada entre los lectores que tengan una buena perspectiva sobre los asuntos que hemos tratado.

Para ilustrar los artículos he entrevistado a músi- ►



► cosas de jazz de todo el mundo, periodistas, representantes de tiendas y discográficas, tanto independientes como multinacionales. Pero me faltaba entrevistar a la pieza más importante del engranaje: el oyente. La opinión más difícil de capturar y de plasmar, inabarcable, llena de entresijos y matices. Así que he decidido servirme de mis propias impresiones, sin pretender ni por un segundo pontificar ni ejercer un papel que no sea el de un aficionado más. Tomándome, simplemente por un rato, la libertad de hablar de mí.

SOY DE LA GENERACIÓN DEL CD aunque, en realidad, el primer soporte que me hizo disfrutar regularmente de la música fue la cinta de casete. El disco de vinilo era algo inalcanzable puesto que en mi casa no había tocadiscos, pero la posibilidad de atinar con la aguja y poder escuchar la canción deseada sin volverme loco con el *rewind* y el *fast forward* me parecía un sueño. Cuando cumplí 16 años, el reproductor de CD llegó a mi vida acompañado del tocadiscos que nunca tuve y, de repente, éste último me pareció un engorro. ¿Quién podía querer dar la vuelta a un LP o lidiar con ese molesto ruido de fondo? En especial si se comparaba con las ventajas del *cedé*: sonido limpio y diáfano, acceso ilimitado a las pistas, no se raya y, en teoría, el tiempo no hace mella en él. Claro que entonces no podíamos saber todo esto con seguridad ya que la historia del disco compacto era muy corta. De hecho, casi 30 años después de su aparición, la mayor parte de nosotros sabemos que discos de vinilo con 40 años encima suenan estupidamente mientras que algunas de las reediciones en CD editadas hasta mediados de los 90 tienen un sonido un tanto cuestionable. Qué le vamos a hacer, la tecnología aún estaba desarrollándose y era natural pensar que las cosas se mejorarían con el tiempo.

El CD ha sido mi formato desde entonces. He podido apreciar cómo mejoraban las ediciones y las grabaciones, he visto el nacimiento de la grabadora de CD y DVD (ansiada herramienta) y puedo decir que, hoy por hoy, es un soporte que suena muy bien. Pero un buen día llegó el MP3 y, más importante aún, llegó internet. En un abrir y cerrar de ojos, gran parte de la música grabada a lo largo del siglo XX estaba disponible en la red

y al alcance de todos. A medida que se creaban nuevos formatos la informática mejoraba también y, todo iba tan rápido, que se hizo difícil saber con exactitud en qué momento estábamos.

Todos podemos tener una historia similar, cambiarán las fechas y los formatos pero el proceso será más o menos el mismo. Tengo 32 años. La siguiente generación a la mía es la del MP3, igual que la anterior fue la del casete, las anteriores a ésta las del LP, el *single*, el *jukebox*, la radio, los discos de pizarra, etc. Sigo teniendo y comprando de vez en cuando vinilos antiguos, compro mucha música en CD y, paradójicamente, la mayor parte de lo que escucho es a través de mi iPod. Aunque suelo descargar música ocasionalmente, no suelo guardarla porque me da pereza y luego no la encuentro nunca. Por otro lado, he conseguido discos realmente raros en internet, discos descatalogados, o imposibles de encontrar y a un precio razonable, que voy almacenando a modo de archivo. A veces me siento como un animal prehistórico y otras doy gracias por vivir este apasionante momento en el que prácticamente todo está a mi alcance.

A veces me llena de satisfacción conseguir éste o aquel disco que siempre quise escuchar, y luego me sorprende a mí mismo viendo cómo queda sepultado entre toda la música que me encuentro en el día a día. Hay otros casos en que el disco menos esperado se instala en mis oídos durante días, sin importar de donde venga. La cuestión es que la música llega más rápido a mi vida, se va más rápido también y, sobre todo, lo hace en cantidades mucho mayores.

Puede que ahí esté uno de los puntos negativos de esta nueva forma de consumir música. La extrema accesibilidad hace inevitable la tendencia a escuchar

todo de manera más fugaz y una de las cosas que podemos perder es la capacidad de mantener una atención profunda en algo. Al fin y al cabo ¿cómo detenerse con todo lo que todavía hay ante nosotros?, ¿cómo no sentirse abrumado por la cantidad de

“EN UN ABRIR Y CERRAR DE OJOS, GRAN PARTE DE LA MÚSICA GRABADA A LO LARGO DEL SIGLO XX ESTÁ DISPONIBLE EN LA RED Y AL ALCANCE DE TODOS”



material a nuestro alcance? Me resulta complicado no pensar en lo que voy a escuchar mañana mientras escucho lo de hoy; me aturullo y me veo sobrepasado por la enorme oferta.

Desde hace tiempo se ha hecho habitual oír comentarios como “me he bajado la discografía completa de fulanita” o “tengo en el disco duro 120 álbumes de menganita”. Aceptémoslo, acceder de golpe a las obras completas de **John Coltrane** no es el mejor camino para escucharle y descubrir sus enriquecedores universos musicales. Pero, por otro lado, nos han abierto las puertas del buffet libre y es normal que la novedad nos empuje a atiborrarnos. Pasado el tiempo de la novedad, lo más probable es que empecemos a elegir lo que queremos comer y a saber si nos apetece más esto o lo otro.

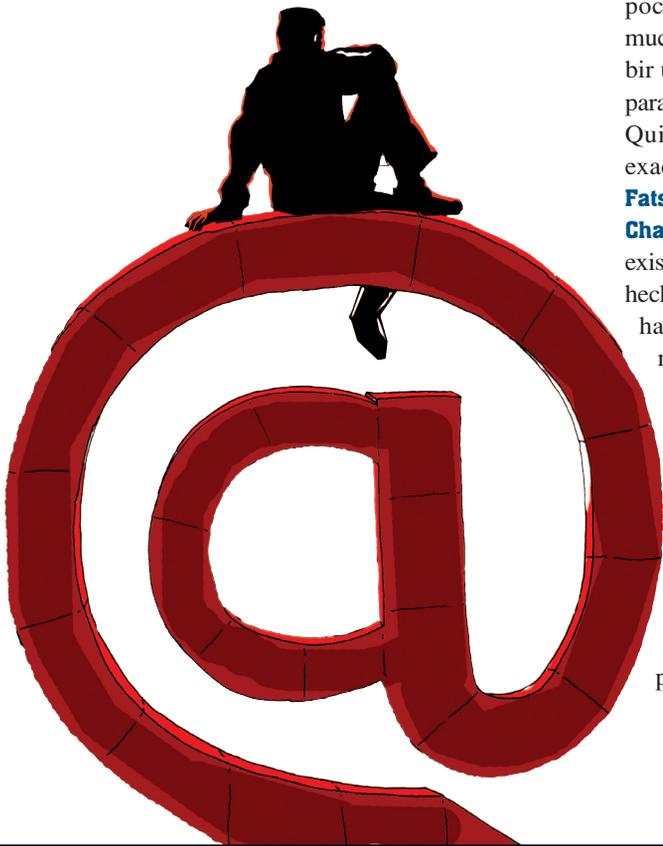
Otra de las constantes por la tremenda oferta de la red es el peligro de la falta de contextualización. Ya sé que, sabiendo dónde buscar, se pueden hallar discografías repletas de referencias pero no todo el mundo se maneja tan hábilmente. Por otro lado, la gracia de internet es la rapidez y la comodidad y no que las búsquedas se conviertan en un trabajo extra. Hay músicos con una obra amplísima y escuchar un disco suyo sin saber cuándo fue grabado, a qué periodo corresponde o qué intérpretes le acompañan puede resultar muy confuso. Por fortuna hay también montones de bases de datos, literatura, revistas especializadas, webs y blogs en los que uno puede bucear en busca de información y recomendaciones.

En el artículo anterior, **Alex Sánchez**, de Universal

Music España, hablaba del papel de la discográfica como filtro, como orientadora en un panorama saturado de propuestas, mediocres muchas de ellas. Pero a estas alturas está bastante perfilado quién ha tomado ese papel. Por un lado la prensa, que siempre ha estado ahí, ejerciendo el análisis, la crítica, el estudio y la promoción. Por otro tenemos los blogs, pequeñas islas personales que ejercen el noble arte de la recomendación, llevando a internet el clásico boca a boca desde la más pura intimidad y convirtiéndose en fuentes de curiosidad. Hay miles de ellos, algunos de afluencia discreta y otros multitudinarios, pero lo importante es que dan al oyente la posibilidad de empaparse de la opinión de aficionados con gustos afines, incluso de compartir las suyas propias. Junto a los foros, comunidades donde particulares discuten sobre sus filias y sus fobias, los blogs representan el nuevo filtro: un sector libre e independiente que empuja las propuestas que gustan, por minoritarias o desconocidas que sean, y que entierra las que no gustan.

OTRA CUESTIÓN MUY MENCIONADA entre los músicos que entrevisté para estos artículos fue la escucha aislada de piezas. La verdad es que gran parte de la música que hay en internet se encuentra por canciones y uno puede encontrar la obra de un autor de manera sesgada, inconexa y desordenada. Las nuevas generaciones están acostumbradas a escuchar canciones, sin importar a qué disco pertenecen o la unidad del disco tal y como se concibió, lo cual tampoco es malo. Pero este asunto parece preocupar mucho a la comunidad jazzística: el hecho de concebir una obra con un principio, un cuerpo y un final para que luego se consuma despiezada e incompleta. Quizá a esto haya que acostumbrarse o, para ser exactos, volver a acostumbrarse. **Louis Armstrong, Fats Waller, Duke Ellington, Billie Holiday, incluso Charlie Parker**, grabaron en una época en la que no existía el LP y su música se vendía por canciones. De hecho, mucho tiempo después el mercado del *single* ha seguido siendo tan popular como el de su hermano mayor. Canciones famosísimas como *Hey Jude* de los **Beatles**, o la versión de **Elvis Presley** de *Suspicious Minds* se publicaron como sencillos y no aparecieron en un larga duración hasta su inclusión en discos recopilatorios. Así que, adaptarse de nuevo a un público que consume temas sueltos no es un gran problema en sí mismo.

Hace muchos años llegó un momento en el que los músicos de jazz se encontraron con la posibilidad de grabar un solo de 20 minutos y ▶



► ocupar así toda una cara de un álbum: pero recuerdo pocos solos de esas características que me parezcan tan redondos como el de **Parker** en *Ko-Ko*, el de **Armstrong** en *West End Blues* o el de **Hawkins** en *Body and Soul*. ¿Eran las circunstancias mejores, peores o sólo diferentes? Los cambios no suelen gustar a nadie; son desasossegantes y producen la incómoda sensación de no tener control sobre ellos. Pero la cuestión real es que todo está cambiando, y no necesariamente para mal.

Entremos ahora en un terreno más adecuado para una tertulia de sobremesa o una agradable conversación frente a un café: el futuro. Porque todo lo que escriba a partir de aquí son sólo conjeturas, teorías sobre lo que nos depara la comercialización y el consumo de la música. Parece evidente que los formatos físicos desaparecerán del ámbito popular, quedando relegados a coleccionistas y seguidores de estilos muy concretos. Si se tiene en cuenta la tendencia actual, parece haber géneros que concentran a un buen número de aficionados que apoyan los formatos físicos. El jazz, el metal, el reggae, el hip hop y ciertos sectores de música pop se nutren de un público relativamente fiel que parece no querer cerrar las puertas de manera total al formato físico. Algunos de ellos se apoyan en el vinilo, que goza de una relativa buena salud: la mayor parte de novedades se editan en este formato y hay un importante reducto de aficionados que lo valoran ahora más que hace unos pocos años. Quizá sea por fetichismo, por cualidades sonoras o porque, en apariencia, es el más "físico" de entre los soportes físicos. Los tocadiscos con salida USB para conectar al ordenador están a la orden del día y toda la parafernalia del LP, aunque muy marginal, no tiene pinta de estar en extinción.

TAL VEZ EL DESTINO DEL CD SEA DESAPARECER prácticamente hasta quedar como un recuerdo del pasado, como lo era el vinilo hace diez años. A su favor

tiene que, mientras haya reproductores que lo admitan, como el DVD o el Blu-Ray, no hay razón para que desaparezca del todo. Su fabricación es muy económica y sigue siendo la mejor herramienta para que un músico autoedite su trabajo en un formato que puede además vender en sus conciertos. **Andy Milne** hablaba en el anterior artículo de esta serie sobre la posibilidad de vender códigos de descarga en los conciertos, cosa que yo considero improbable aunque hace no mucho pude ver como un saxofonista de Nueva York vendía memorias USB serigrafadas con su nombre, que contenían varias horas de música autoproducida.

Lo que está claro es que el futuro pasa por la red y por la disponibilidad instantánea de toda la música posible. La aplicación de la que hablé en el anterior artículo, Spotify, puede estar marcando el camino por el que irá. Después de todo, lo único que se le

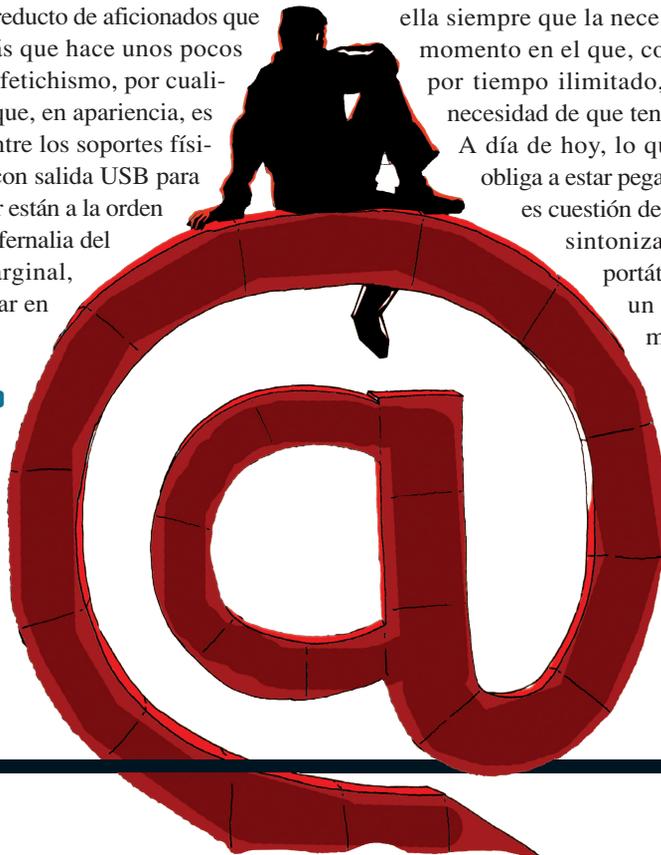
puede reprochar es que la música está en internet y nunca llega a estar en nuestro poder. Pero ese concepto de almacenamiento físico es quizá el que estamos intentando dejar atrás. Si no queremos llenar nuestra casa de CDs ¿por qué querríamos tener nuestro ordenador repleto de archivos? Además, los ordenadores y los discos duros se pueden estropear con lo que siem-

pre será mejor que la música esté disponible en la red. Es evidente que la intención es poder acceder a ella siempre que la necesitemos y llegará un momento en el que, con todo disponible y por tiempo ilimitado, no caigamos en la necesidad de que tenga que ser "nuestra".

A día de hoy, lo que ofrece Spotify te obliga a estar pegado al ordenador; pero es cuestión de tiempo que podamos sintonizarlo en dispositivos portátiles, en el coche o en un buen equipo de música y poder así escuchar todos esos millones de archivos.

Y ahí es precisamente donde radica una de las principales desventajas de los nuevos formatos, en la pér-

“PUEDE QUE ANTES DE LO QUE CREEMOS SE PRESENTE UN NUEVO FORMATO QUE NO PIERDA CALIDAD EN LA COMPRESIÓN Y, CON SUERTE, EN NO MUCHOS AÑOS DISFRUTAREMOS DE LA MEJOR CALIDAD DE SONIDO JAMÁS ESCUCHADA”



dida de calidad de sonido. No hay que ser un audiófilo para percibir la diferencia de calidad entre el MP3 y el LP o el CD. De hecho, es lamentable escuchar algunas producciones modernas (principalmente de música popular) que se graban con el MP3 en mente, potenciando algunas frecuencias, mezclando a gran volumen y produciendo discos que suenan metálicos e inertes. Pero creo, una vez más, que es cuestión de tiempo. Puede que antes de lo que creemos se presente un nuevo formato que no pierda calidad en la compresión y, con suerte, en no muchos años disfrutaremos de la mejor calidad de sonido jamás escuchada. Asimismo, no creo que pase mucho tiempo antes de que se popularicen los equipos con múltiples altavoces y disfrutemos de grabaciones y mezclas enfocadas a la posibilidad de escuchar la música por varios canales. La tecnología sigue su avance y, por ejemplo, la aparición del iPod o el propio Spotify han significado grandes saltos cualitativos en la mencionada calidad de audio.

PERO, Y TODO ESTO ¿QUIÉN LO PAGA? Porque la industria discográfica es multimillonaria y, aunque no quiere renunciar al pastel, parece que sus días están contados. El dinero está ahí, todo cuesta dinero de una forma u otra y en mayor o menor cantidad.

Cuando el cine apareció, seguro que dejó sin trabajo a unos cuantos profesionales del espectáculo, al igual que la televisión acabó con el reinado de la radio. Los espectadores no han desaparecido nunca, es su dinero el que se movió de un medio a otro. Ahora el cine y la música se tiran de los pelos, mientras el teatro o la radio se mantienen en sus pequeñas parcelas y el mercado de los videojuegos crece de manera insospechada. Los tiempos cambian, pero siempre hay un negocio que funciona.

Es probable que caiga el modelo de grandes discográficas que conocemos, pero sus reemplazos ya están preparados. Las empresas de comunicación son los próximos gigantes, quienes manejarán los hilos y decidirán qué, cuándo, cómo y, sobre todo, cuánto va a costar. Porque en el futuro que se vislumbra en el horizonte vamos a necesitar estar conectados y, quien controle las redes, controlará el negocio. Antes fueron los promotores teatrales, los editores, los magnates de la prensa, los grandes estudios, las emisoras, las discográficas... Ahora que el rey ha muerto hay un aspirante a la espera y lleva tiempo preparando su toma de posesión. El fin de una era y el principio de otra.

Y nosotros aquí, viviéndolo. ¿No es emocionante?

